

El núcleo de nuestra Fe

¿En qué consiste el núcleo del evangelio de Jesús de Nazaret y de la correspondiente imagen de Dios?

Según la perspectiva antropológica, el núcleo del evangelio debe ser algo estructural compartido por todos los seres humanos, fundamentado en el Espíritu Santo, que hace que todas las criaturas sean capaces de Dios como criaturas del mismo Padre del cielo. Pero esta capacidad estructural debe encarnarse en el tiempo y el espacio.

El núcleo del evangelio es el cuidado del otro: el Otro en mayúscula, que es Dios y también cualquier ser humano. Dios-en-sí es inefable, inapalabrable, pero Dios en Jesucristo ha querido mostrar su cercanía al ser humano, con toda su ambigüedad, y por ello lo podemos descubrir en los pequeños (Mt 25,40). A Dios no lo podemos descubrir desde un a priori metafísico, abstracto y ontológico ni desde un a posteriori simplemente moral, jurídico o litúrgico, sino fundamentalmente ético, es decir, en nuestras conductas y actitudes. Jesucristo, con su encarnación desacralizó lo sagrado y ha sacralizado al hombre.

La pasión de Cristo, que hoy recordamos con dolor, no es algo del pasado, sino que es presente que se prolonga históricamente en todos los que sufren. «Él sigue en agonía hasta el fin de los tiempos», dijo Pascal. En los sufridores de este mundo sigue sufriendo Cristo, especialmente en todas las víctimas del sistema económico de mercado que mata: los pobres, los precariados, los refugiados, los niños famélicos, los niños soldados, las niñas víctimas de la prostitución infantil, las mujeres maltratadas, etc.

Todos ellos son, como los llamó la tradición, los «Vicarios» de Cristo, sus representantes, y en ellos Dios está presente y continúa su tarea reconciliadora, ya definitiva, pero a la vez pendiente en la historia, haciendo que «pase lo viejo y todo sea nuevo» (2Co 5,17).

Con Jesús, Dios sigue abrazando visceralmente la situación y los sentimientos de sus hijos e hijas victimados. De este modo padece-con-ellos el sufrimiento de su muerte injusta. Así, la congoja de Dios se convierte en expresión de su amor infinito a los «representantes» de su Hijo, los crucificados de la historia; y, en ellos, a los demás seres humanos.

El Padre es un Dios empático capaz de sentimientos y de afección por los sentimientos de otro. Dios se convierte en Defensor y Salvador de las víctimas asesinadas y en Padre de los pecadores.

A menudo pensamos que Dios sólo se hace presente en los ritos y celebraciones de nuestra religión, pero Dios se hace presente siempre de incógnito. En nuestro tiempo y espacio concretos, la aproximación al otro y su reconocimiento son la gran oportunidad que Dios nos ofrece, en el mismo movimiento en que hacemos memoria de Él y hacemos memoria del prójimo. En cambio, el alejamiento del otro o su negación son muestras indiscutibles del olvido de Dios y del prójimo.

Apuntes
Oficina Red Mundial de Oración del Papa
Argentina – Uruguay